

La alimentación: ¿Un derecho o un negocio?

La escalada de los precios agrícolas que ha desencadenado la actual crisis alimentaria puede significar que 100 millones de personas se sumen a la cifra de 850 millones que ya hoy pasan hambre. Las medidas de emergencia para paliar esta situación también están en peligro: hoy el Programa Mundial de Alimentos sólo puede pagar un 40% de los alimentos que se pagaban en junio del año pasado. Estos hechos, reflejo de una situación de crisis alimentaria, han puesto sobre la mesa el tema de la agricultura y su futuro.

¿Qué hace subir los precios?

Todos los analistas citan un conjunto de factores para explicar la actual escalada de precios. La dedicación, sobre todo en EEUU, de una importante parte del maíz a la producción de agrocombustibles, las malas cosechas en países como Australia, la transición en algunos de los países llamados emergentes (sobre todo China e India) de una dieta tradicional a una dieta más globalizada con incrementos en el consumo de carne y leche y la introducción, a través de cadenas de supermercados como Carrefour y Wall-Mart, de productos procesados con un importante componentes de soja, aceites vegetales, lecitina, jarabe de fructosa y otros derivados industriales del maíz.

Pero todos estos factores no explican, como resaltaba Luís de Sebastián en *El Periódico* del pasado 17 de abril, “por qué el precio del arroz, el alimento más esencial para la población mundial, ha subido un 30% en una semana y se ha duplicado en los primeros meses del 2008. Porque el arroz no se utiliza en ningún lugar para producir etanol, ni se hace servir para alimentar pollos, cerdos o animales vacunos. Es posible que en algún país productor haya habido una mala cosecha, pero no se tienen noticias de verdaderos desastres de aprovisionamiento. La explicación del encarecimiento del arroz nos introduce en lo que yo creo que es la principal causa de la actual escalada de precios de los alimentos. La especulación.

La especulación se alimenta de la incertidumbre, el miedo, la posibilidad de ganancias y la abundancia de dinero para especular. Las cuatro condiciones se dan en los mercados de alimentos”ⁱ

A la incertidumbre y el miedo que pueden explicarse por las especiales circunstancias de los mercados alimentarios antes descritas, hay que sumar la gran cantidad de capitales especulativos que están abandonando sectores en crisis, como el inmobiliario, y buscan nuevos mercados donde vampirizar beneficios. Hoy los mercados de futuros de bienes básicos (los *commodities*), entre los que se encuentran los principales mercados alimentarios, constituyen un sector donde se pueden hacer suculentos beneficios de forma rápida. Así, en una estimación conservadora, se considera que cuanto menos un 55% de la totalidad de la inversión financiera en el ámbito agrícola se puede considerar capital especulativo, un volumen en aumento a medida que se liberaliza la producción agrícola. Otras fuentes señalan que para un producto básico como el trigo, los fondos de inversión controlan ahora entre el 50% y el 60% del trigo comercializado en los más grandes mercados mundiales de *commodities*.ⁱⁱ Estamos asistiendo a la creación de una burbuja de especulación financiera

En las lonjas de Chicago y Sao Paulo es el retorno del capital invertido, por encima de los equilibrios entre oferta y demanda, el que define los precios. Las malas noticias sirven a la voracidad financiera: si sube el petróleo, si abundan

cereales u oleaginosas para agrocombustibles, si el clima daña cosechas en Australia o Argentina, si China e India piden más alimentos, si bajan los inventarios mundiales, todo motiva expectativas de beneficios y precios al alza. La alimentación se ha convertido en una mercancía con la que esencialmente hacer beneficios y el hambre se vende en el mercado de futuros como una fuente de grandes beneficios. **ES INADMISIBLE.**

Es esta situación escandalosa la que lleva a Ziegler (ex relator de las NNUU sobre el derecho a la alimentación) a proponer "reglas más duras, en particular en la comercialización de materias primas. Hay que regular las Bolsas de manera que los especuladores pierdan sus ganas de especular". El Gobierno indio ha ido más lejos prohibiendo los mercados de futuros.

El fracaso de la liberalización

Haber llegado a este punto debería ser razón suficiente para poner patas arriba las doctrinas que han estado dominando la política agrícola internacional y que tratan los alimentos como una mercancía. La especulación en mercados de futuros no es más que la expresión máxima y escandalosa del mercado orientado por la maximización de los beneficios, orientación que ha generado mercados controlados por unas pocas multinacionales.

Ante esta situación, algunos gobiernos han decidido que enfrentar la posibilidad de la escasez de alimentos para su población está por encima de las recetas económicas de supeditación a los mercados globales, dictadas desde los despachos de los organismos multilaterales (Fondo Monetario Internacional-FMI, Banco Mundial-BM y Organización Mundial del Comercio-OMC). Ante la situación de emergencia que se puede vivir en varios países, los gobiernos de Camboya, Filipinas, Pakistán, India, Tailandia y Vietnam han prohibido exportar el arroz para asegurar, al menos, una menguada ración a sus habitantes más vulnerables. Costa de Marfil lo ha hecho con los productos básicos y Zambia, Tanzania y Argentina con el trigo.

Las decisiones de estos gobiernos, cumpliendo con la elemental obligación de un gobernante de impedir que en su país falten alimentos, ha provocado las reprimendas del Banco Mundial que ha hecho un llamamiento a los países productores de alimentos a no restringir la exportación de éstos para asegurarse el suministro interno ya que, según Robert Zoéllich, director del BM, "este tipo de control estimula la acumulación, dispara los precios y perjudica a los más pobres". Cuando la alimentación en los países empobrecidos depende de unos precios mundiales que ellos no controlan y que disparados hacia arriba les empujan al hambre, resulta sarcástico criticar que no se desvinculen de dichos precios porque sino todavía subirán más.

A la vista del movimiento especulativo actual de los precios de los productos alimenticios básicos, mantener las tesis neoliberales de que exportar más para conseguir divisas y así poder comprar alimentos en el mercado internacional es la forma eficaz de luchar contra el hambre parece una teoría económica de otro planeta. En el caso del trigo, la prohibición de exportarlo o las restricciones aplicadas en Kazajstán, Rusia, Ucrania y Argentina significan que un tercio del mercado mundial ha sido clausurado. En el arroz la cantidad desvinculada del mercado global aún es mayor. Sin embargo, el Banco Mundial, ajeno a una evaluación de los desastrosos resultados de sus políticas, parece haberse acostumbrado a esta falta de evaluación y convierte en virtud mantener su creencia, con una fe que va más allá de lo terrenal, en la eficiencia del mercado global. Pero incluso si su teoría de los precios internacionales, el mercado

mundial y el hambre tuviesen cierta base razonable contrastada, ¿qué tipo de política económica es aquella que puede oponer una teoría a la obligación de un gobernante de garantizar, con medidas inmediatas y no hipotéticas, alimentos para su población? Una política que no sigue las normas ni de la razón ni del corazón humano. Está claro que su reino no es del mundo que habitamos la mayoría de los humanos.

Países empobrecidos y mercados globalizados: más dependencia, menos control

En las últimas décadas, la liberalización de la agricultura, el desmantelamiento de las instituciones estatales que protegían la agricultura nacional y la especialización de los países en desarrollo en cultivos dirigidos a la exportación han arrastrado a los países más pobres a una espiral descendente.

La eliminación de las barreras arancelarias que ha comportado la liberalización de la agricultura ha permitido a un puñado de naciones del norte capturar los mercados del Tercer Mundo inundándolos de productos con los que no podían competir. En unos casos debido a los subsidios -directos o indirectos-, en otros debido a una situación de total desigualdad en cuanto a los recursos -acumulación de bienes de capital amortizados, infraestructuras, etc. -, se ofertan precios por debajo de los costes de producción de los campesinos locales llevándoles a la ruina.

Esto tuvo como consecuencia que los países empobrecidos dejaran de ser exportadores netos para convertirse en grandes importadores, pasando de tener un excedente comercial en alimentos de unos 1.000 millones de dólares en los años 70 a sufrir un déficit de 11.000 millones de dólares en 2001. Entre 1994 y 2004, la producción de alimentos de todos estos países cayó un 10% respecto a la década anterior, mientras sus compras alimenticias externas crecieron un 33%. Hoy, aproximadamente el 70% de los llamados países en desarrollo son importadores netos de alimentosⁱⁱⁱ. Los países del norte, encabezados por Estados Unidos, tomaron el control mundial de los alimentos.

En 2004, el Institute of Development Studies, en una investigación sobre las secuelas de la implantación del modelo de “libre comercio” para los productos agrícolas desde 1990 (incluidos los alimentos) encontró -teniendo en cuenta las importaciones agrícolas como porcentaje del PIB, el nivel de dependencia de la agricultura y el suministro diario de calorías por habitante- que al menos 43 países tenían valores muy altos de vulnerabilidad y que otros 23 suministraban menos de 2.500 calorías al día por habitante, conformando un numeroso grupo de países empobrecidos importadores netos de alimentos.

Las estadísticas de la ONU muestran cómo los países africanos han dejado de exportar productos agrícolas a la vez que las importaciones se disparan. Tras años de pérdida de capacidad productiva, muchos países africanos son totalmente vulnerables a los violentos vaivenes de los precios internacionales de los alimentos.

Según la FAO, el déficit alimentario en el oeste de África aumentó un 81% en el periodo de 1995-2004. En este periodo la importación de cereales aumentó un 102%, la de azúcar un 83%, la de los productos lácteos un 152% y la de las aves un 500%. Sin embargo, esta región tiene el potencial de producir alimentos suficientes. Y a pesar de que aumenta la vulnerabilidad de los países africanos, la Unión Europea está forzando a los países de la ACP (antiguas colonias de África, Caribe y el Pacífico) al llamado Acuerdo de Colaboración Económica para liberalizar el sector agrícola, eliminando los acuerdos preferentes que

significaban una cierta protección de su producción agrícola.

Ayer producían alimentos y hoy padecen hambre

Esta extrema dependencia de los países con respecto a los mercados globales tiene importantes consecuencias sociales.

En 1992, los campesinos indonesios producían suficiente soja para abastecer su mercado nacional. Los productos elaborados en base a la soja (tofu y 'tempeh') son una parte importante de la dieta diaria en dicho país y aportan proteína de origen vegetal. Siguiendo la doctrina neoliberal, el país abrió sus fronteras a las importaciones, permitiendo que la entrada de soja estadounidense barata inundara el mercado. Esto destruyó la producción nacional. Hoy, el 60% de la soja que se consume en Indonesia es importada. La subida del precio de la soja ha resultado desastrosa para garantizar la alimentación de la población.

Según Alexandra Strickner, del Instituto para la Política Comercial y Agrícola con sede en Estados Unidos (IATP por sus siglas en inglés), cuando en África del oeste se bajaron las tarifas a la exportación, entraron en tromba las patas y las alitas de pollo que no querían los consumidores europeos. La UE cifra en 197.000 las toneladas de partes de pollos que se exportaron el año pasado a África, una reducción comparada con los datos de los últimos años y, sobre todo, con el fuerte incremento de las piezas que llegan de Brasil o EEUU. La entrada de estos productos, subsidiados por la UE, ha arrasado con la producción local africana. El impacto ha sido tremendo: en Camerún se calcula que sólo en el 2003, 11.000 pequeños productores se quedaron sin trabajo.

Strickner resalta que las importaciones han traído también consigo cambios en los hábitos alimenticios en África, en una letal combinación de modas que entran a través de las pantallas de televisión de la mano de las grandes cadenas de distribución (supermercados) y de políticas comerciales liberalizadoras. Los africanos del oeste, por ejemplo, se han acostumbrado ahora a la pasta o a la leche en polvo, en parte porque está de moda y en parte porque las importaciones son muy baratas debido a la apertura de los mercados y a los subsidios que estos productos reciben en Europa y en Estados Unidos.

Treinta años atrás, Haití producía casi todo el arroz que necesitaba. En sucesivos préstamos del BM y el FMI (1986 y 1994) se impuso la apertura del mercado interno de arroz. El arroz importado entraba en el país a un precio muy por debajo del coste de producción de los agricultores haitianos. El negocio del arroz está fuertemente subsidiado en los Estados Unidos, donde estos subsidios representaron el monto de 11 mil millones de dólares entre 1995 y 2006. Un solo productor, Riceland Foods Inc. de Stuttgart, Arkansas, recibió alrededor de 500 millones de dólares en subsidios al arroz entre 1995 y 2006. Este cereal es una de las materias primas que recibe más ayudas en los Estados Unidos –con tres subsidios diferentes que alcanzan los mil millones de dólares por año desde 1998, y que se proyecta que alcancen una media de 700 millones por año hasta 2015-. Haití se ha convertido en uno de los principales importadores de arroz estadounidense: las cifras de 2008 que ha mostrado el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos muestran que Haití es el tercer mayor importador de arroz procedente de ese país (alrededor de 243.000 toneladas). Fruto de este proceso los agricultores haitianos perdieron sus trabajos y huyeron a las ciudades. Hoy son parte de los miles de personas que,

ante la subida del precio de arroz, no pueden acceder a su alimentación básica.
iv

Después de 14 años del NAFTA (Tratado de Libre Comercio de Norte América), México pasó de ser un país exportador de maíz a ser dependiente de la importación de maíz de Estados Unidos. Actualmente México importa el 30% de su consumo de maíz. Cuando el precio varió en EEUU, México, que había perdido la capacidad de controlar su mercado de maíz, vio como en la llamada “crisis de la tortilla” se disparaba el precio de este alimento básico para la mayoría de la población, especialmente para sus sectores más pobres.

Las historias de mercados locales destrozados merced a la liberalización y la globalización los mercados y el consiguiente *dumping* (sea debido a subsidios o a condiciones de producción inigualables por parte de los productores locales), es la historia de la agricultura campesina en Asia, África y América durante las últimas décadas. El caso de Lee Kyung Hae resume esta situación.

“Todos somos Lee”

Lee Kyung Hae^v tenía una granja llamada Seul en Jangsu, Corea del Sur. Cuando acabó sus estudios de agricultura en la Universidad volvió a su granja para sacarla adelante. Instaló un pequeño teleférico para subir el heno en invierno, electrificó las cercas y puso todas sus energías y conocimientos en hacer funcionar su granja, que se convirtió en una escuela de formación. En 1988 las Naciones Unidas lo reconocieron con un premio por su liderazgo rural. Su historia podía haber terminado felizmente, pero el Gobierno Coreano decidió levantar las restricciones a la importación de carne vacuna australiana. Esta industria de carne, dominada por grandes corporaciones australianas e internacionales, cuenta con importantes subvenciones que le permiten exportar a precios muy bajos. Lee, siguiendo los consejos de su gobierno, se endeudó para ampliar su cabaña e intentar competir. Pero los precios siguieron por debajo de los costes y, paulatinamente, fue perdiendo su granja para hacer frente a los créditos. Al final Lee Kyung Hae la perdió totalmente. El análisis de las causas que hicieron que se quedase sin su granja le llevó en septiembre del 2003 a Cancún, delante de la Conferencia Ministerial de la OMC. Allí, el 10 de septiembre, se encaramó a la valla que separaba a los gobernantes de las manifestaciones campesinas y, gritando “La OMC mata campesinos”, se apuñaló en el pecho. Desde entonces millones de gargantas campesinas han gritado “Todos somos Lee” para testificar que su historia, la historia de cómo la liberalización de los mercados está destruyendo la agricultura familiar que desde siempre ha sido la base alimentaria de los pueblos, se repite en todos los campos del planeta, en el norte, en el sur, en el este y en el oeste.
¿A quién beneficia la subida de precios?

La dependencia del mercado mundial fue nefasta cuando los precios eran bajos y, por desgracia, hoy muchos campesinos ya perdieron toda su capacidad productiva y como consumidores no pueden hacer frente a los precios altos. Pero se podría pensar que, al menos, los que resistieron se verán favorecidos por la nueva escalada de precios. Nada más lejos de la realidad.

La conclusión de muchos gobiernos ante la actual crisis alimentaria es aumentar de forma rápida la producción y para ello están pensando en las viejas fórmulas de la agricultura industrializada y de la revolución verde, basadas en la utilización de grandes cantidades de insumos derivados del petróleo y de grandes extensiones de

terreno dedicadas a un solo cultivo. Una buena ocasión para que las pocas empresas que controlan estos insumos aprovechen para subir los precios. En abril de 2008, la filial comercial *offshore* conjunta de Mosaic y Potash aumentó los precios de la potasa en un 40% para los compradores del sudeste asiático y en un 85% para los de América Latina. India tuvo que pagar un 130% más que el año pasado. Pero fue China quien se llevó la peor parte, fustigada con un alza de un 227% en su cuenta de fertilizantes con respecto al año anterior. Y junto a los precios suben los beneficios de estas empresas. Las ganancias de Mosaic Corporation, empresa de Cargill que controla gran parte de la oferta de potasa y fosfato, aumentaron más del doble el año pasado. La mayor empresa productora de potasa del mundo, Potash Crop, de Canadá, obtuvo más de mil millones de dólares de ganancias, lo que equivale a más de un 70% con relación al 2006.^{vi}

¿Y a quién perjudica?

Si analizamos la relación entre el crecimiento de la productividad (entendida, según el enfoque de la agricultura industrializada, como el ratio entre la producción de un único producto y un único recurso productivo, normalmente las hectáreas empleadas) y el incremento de insumos, éste último es mayor que el aumento de productividad. Entre 1992 y 2003, la utilización de fertilizantes aumentó un 3% anual en la región Asia-Pacífico mientras que, como resultado, el rendimiento del principal cultivo al cual se aplicaron, el arroz, sólo creció un 0,7% por año.^{vii} A ello podríamos añadir que dicho modelo, al sustituir con insumos artificiales los ciclos de la naturaleza (que ha roto en grandes proporciones), convierte las enfermedades naturales en plagas que deben ser combatidas con mayores cantidades de plaguicidas y las hierbas distintas en malas hierbas que, para ser eliminadas, necesitan cada vez mayores costes en herbicidas. De la misma forma, agota los acuíferos y la tierra que al no renovarse de forma natural requieren, de nuevo, medidas artificiales con los consiguientes costes. Incluso las semillas, un recurso que en su misma esencia debería ser el paradigma de la renovabilidad, se convierte, en aras del proyecto de agricultura industrial, en un insumo artificial llegando al paroxismo con las semillas transgénicas de un solo uso y las semillas que se autodestruyen (tecnología "Terminator").

Todo ello plantea unas necesidades de inversión y una dependencia de precios controlados por unas pocas compañías que agotan las posibilidades de inversión de los que no cuenten o, con financiaciones excepcionales vía subvención, o con unas condiciones naturales extraordinarias que, además, serán agotadas por el modelo productivo a medio plazo.

En esta situación de aumentos de los costes no le salen las cuentas a los agricultores. En el 2007, agricultores y ganaderos europeos registraron importantes subidas en sus costes de producción: a los ganaderos se les encarecieron un 14,2%- sobre todo a causa del pienso- y a los agricultores un 7,4% debido a los fertilizantes y el gasoleo. Al final los beneficios crecieron un 1,7% respecto al 2006 (para una inflación muy superior). El panorama es peor si se miran las cifras españolas: los agricultores y ganaderos sólo ganaron un 0,3% más con una inflación de más de 4 puntos.

En los países del sur global la situación es todavía peor. Jacques Diouf, viii director de la FAO, remarca que, a pesar del aumento de precios, "los agricultores de los países en desarrollo plantan menos y producen menos debido a la escalada de precios de los fertilizantes y de la energía". Constataba

que no se ha hecho nada para ayudar a los campesinos a hacer frente a la duplicación del precio de los abonos y las semillas.

Es decir, disminución de beneficios reales y aumento de los costes y, por lo tanto, de las inversiones necesarias y del endeudamiento. Para la mayoría de los campesinos familiares esto no son buenas noticias.

Pero junto al endeudamiento, los agricultores aumentan el riesgo de perderlo todo. Otra de las características de la actual situación de precios es su inestabilidad y volatilidad, sus movimientos en sierra.^{ix} Esta característica puede ser hasta una ventaja para grandes capitales especulativos que tienen equipos especializados en ajustar sus movimientos al minuto de lo que está sucediendo en las bolsas y capital suficiente para esperar aguantando los malos momentos hasta la llegada de otros mejores. En el casino la banca siempre gana. Pero para las inversiones productivas ligadas a los ciclos naturales la situación es de extremo peligro. Una ligera caída de precios en el momento de la cosecha puede ser el final de un proyecto productivo campesino al que la actual coyuntura ha endeudado mucho más y ha ajustado los márgenes.

ES LA HORA DE LA SOBERANÍA ALIMENTARIA

Imponer el mercado global, las empresas que en él dominan y sus objetivos de maximización de beneficios como el centro de la política agrícola ha provocado una crisis alimentaria sin precedentes. Junto a la crisis alimentaria se anuncia una crisis social de grandes dimensiones y ya es palpable una crisis ecológica de un sistema productivo basado en el petróleo, altamente contaminante y claramente insostenible. Es necesario cambiar de paradigma. Vía Campesina y con ella millones de campesinos, organizaciones de desarrollo, gobiernos, consumidores, ecologistas... están proponiendo una nueva estrategia política: la Soberanía Alimentaria

La soberanía alimentaria^x pone las aspiraciones y las necesidades de la gente que produce, distribuye y consume la comida en el centro del sistema de producción alimentaria y de sus políticas más que las demandas de los mercados y de las empresas. Considera el derecho a la alimentación como un derecho humano básico que debe ser garantizado por los gobiernos.

La sensatez de algunos gobiernos y su sensibilidad para con las necesidades de la población se está imponiendo ya en muchos lugares. Algunos países, como vimos más arriba, restringieron las exportaciones de algunos productos básicos para garantizar la alimentación a su población. Venezuela, Cuba, Nicaragua y Bolivia acaban de suscribir un acuerdo de cooperación económica para garantizar la seguridad y la soberanía alimentaria de sus países. Así lo argumentaba Evo Morales el día de su firma en Caracas: "Como Gobierno, como Estado, hay que garantizar la alimentación. Por eso, creo que éste es un buen momento para suscribir este acuerdo para la implementación de programas de cooperación para la seguridad alimentaria, lo que sería importante compartir con otros gobiernos porque es obligación de los presidentes, en el contexto de la complementariedad, garantizar la alimentación de nuestros pueblos".^{xi}

La soberanía alimentaría propugna un cese inmediato del empleo de tierras para

la producción industrial de agrocombustibles para coches, aviones y plantas energéticas, incluyendo los llamados de biomasa “residual”.

Son múltiples las voces que se levantan en contra de la producción industrial de agrocombustibles. Dos son los argumentos esenciales: en un momento en que una parte de la humanidad pasa hambre, dedicar parte de la producción de alimentos básicos a alimentar automóviles y no personas ha llegado a ser calificado por Jean Ziegler, ex relator de la Naciones Unidas sobre el derecho a la alimentación, como un “crimen contra la humanidad”

Lester Brown, presidente del Worldwatch Institute y editor de su famoso informe *El estado del Mundo*, plantea el dilema de una manera muy didáctica: “La cantidad de cereal que se necesita para llenar un tanque de 25 galones (casi 100 litros) con etanol una sola vez alcanza para alimentar a una persona un año entero”.

El otro argumento ampliamente difundido es su ineficiencia energética. Para producir agrocombustibles industrialmente y distribuirlos en los mercados globalizados se consume más energía que la que se genera.

A estos argumentos Vía Campesina añade que el modelo de agricultura industrializada que hay detrás de su producción agrava todos los problemas de destrucción de la economía local y de la naturaleza provocando empobrecimiento del pequeño campesinado. No es ni ambiental ni socialmente sostenible

La soberanía alimentaria da prioridad a las economías y a los mercados locales y nacionales.

Sin duda se necesitan medidas de emergencia para que la comida sea accesible a toda la población, pero también son urgentes los cambios profundos delante del fracaso de un sistema globalizado de alimentación. Un sistema totalmente vulnerable a los choques ambientales y económicos. Un sistema que produce y distribuye alimentos dependiendo de grandes cantidades de petróleo. Un sistema concentrado en cuatro o cinco mercancías y sujeto al poder de un pequeño número de multinacionales que dominan las semillas, los granos y los productos químicos. Un sistema que hace disparar el número de famélicos y obesos.

Desarrollar, promover y proteger la producción local para ser menos dependientes de los precios mundiales de la comida debe ser una estrategia de los gobiernos que vaya más allá de la autoprotección delante del último vaivén del mercado mundial. A esta conclusión llegaba Palaniappan Chidambaram, ministro de Finanzas de la India, que en una reciente entrevista afirmaba: “Si somos capaces de cultivar lo que comemos, como pasa con el arroz, lograremos aislarnos bastante de los precios mundiales. A la India no le queda más opción que ser autosuficiente en alimentos”.^{xii}

No todos los países están en condiciones, y menos de inmediato, de ser autosuficientes en alimentos, pero sí pueden y deben enfrentarse a la actual

dinámica hacia una cada vez mayor dependencia del mercado mundial. De hecho, y como producto de las decisiones de muchos gobiernos frente a la actual crisis, un tercio del mercado de trigo está ya desconectado del mercado mundial, sus oscilaciones y sus precios. Para ganar autonomía frente al mercado mundial, cada país debe tener el derecho de controlar los alimentos importados y el deber de impedir cualquier forma de *dumping* con los precios de la comida. Para poder cumplir esto, se necesita controlar las importaciones mediante impuestos y cuotas para evitar que importaciones con bajos precios socaven la producción doméstica.

Una línea de este tipo es la que ha adoptado el Gobierno de Malí, como analiza Ibrahim Coulibaly^{xiii}, presidente de la Coordinación Nacional de la Organización de Campesinos: "Frente a la extrema subida de los precios de la comida, nuestro gobierno ha estado de acuerdo con la demanda de las organizaciones de campesinos en desarrollar y proteger los mercados alimentarios locales en vez de aumentar la importación. El aumento de la importación de comida nos hará más dependientes de los brutales altibajos del mercado mundial."

La soberanía alimentaria propone apoyar a los campesinos y a los pequeños productores por medio de mejores precios para sus productos y mercados estables en donde puedan producir comida para ellos mismos y sus comunidades.

El libre comercio ha desmantelado herramientas tradicionales como organismos gestores de *stocks* y reservas que, comprando y almacenando en los momentos de abundancia y colocando en el mercado en los momentos de escasez, jugaban un papel de colchón amortiguador de los desajustes entre producción y consumo y un papel regulador de precios. El agricultor conseguía una estabilidad que le permitía seguir produciendo y el consumidor tenía unos precios accesibles. Jacques Diouf^{xiv}, director de la FAO, denunciaba "una liberalización desigual que ha puesto a los países pobres en competencia con los poderosos que ayudan a sus agricultores a base de miles de millones" y critica "las políticas que llevaron a desmontar las instituciones reguladoras que garantizaban a los campesinos los productos necesarios para la explotación y aseguraban un precio mínimo para sus cosechas".^{xv}

Hoy la necesidad de mecanismos reguladores vuelve a plantearse con toda claridad. Algunas medidas de urgencia que están tomando gobiernos, como la venta a precios subsidiados (Filipinas, Bangla Desh, Tailandia, Malasia, Zimbabwe y Rusia), los precios mínimos garantizados para apoyar la producción interna a largo plazo (China) o las subvenciones a insumos productivos (Zambia, México, Argentina y Ecuador) adquirirían coherencia y maximizarían su eficacia si se inscribieran en proyectos a largo plazo para estabilizar los mercados locales de una forma justa para el productor y el consumidor.

También son necesarias medidas internacionales para estabilizar los mercados. Se necesita establecer valores internacionales y medidas de control de *stocks* que busquen suavizar desajustes entre oferta y demanda y sus consiguientes movimientos bruscos de precios. Así se crearía un mecanismo de intervención para estabilizar los precios en el mercado internacional. Los países exportadores tienen que aceptar las reglas internacionales para controlar las

cantidades que pueden poner en el mercado para poder acabar con sobreproducciones, situaciones de escasez real o esperada y movimientos bruscos de precios. Estas medidas que habían sido tradicionales en algunos mercados (Acuerdo Internacional de Café) fueron desarboladas por la ola de liberalización de las dos últimas décadas del siglo pasado. Retomarlas desmotivaría a los especuladores que encuentran su espacio amplificando brutalmente los desajustes de un mercado no regulado.

Pero sobre todo, los acuerdos internacionales, en lugar de impedir, deberían permitir e incluso apoyar que los gobiernos controlen las importaciones, establezcan programas que apoyen a los consumidores más pobres y aseguren la alimentación de su población y el trabajo digno de sus agricultores.

La soberanía alimentaria busca fortalecer a los campesinos y a la agricultura de conducción familiar y a la producción alimentaria.

Hoy, cuando por desgracia, de las 845 millones de personas con hambre en el mundo el 80% son pequeños agricultores y agricultoras, que estas personas no puedan ni producir sus propios alimentos y mucho menos alimentar a sus poblaciones locales es trágico. Unos fueron desplazados por la revolución verde y una agricultura industrial que requería de capitales que no tenían y/o riesgos que no pudieron soportar y ahora también tienen que comprar comida, pues no tienen acceso a tierras en las que producir. Comida que se ha puesto a unos precios inaccesibles.

Otros campesinos a lo mejor tienen tierra, pero están obligados a producir cultivos comerciales en lugar de alimentos. Muchos de ellos están trabajando bajo contrato con grandes compañías de negocios agrícolas que procesan, refinan y venden el producto. El modelo de contrato agrícola provoca que los agricultores no puedan producir comida para sus familias y para sus vecinos, pues están obligados a producir monocultivos comerciales como la caña de azúcar, el aceite de palma, el café, el té y el cacao. Esto significa que, incluso aunque los campesinos reciban un pequeño aumento por su cultivo comercial, tienen que pagar mucho más cara la comida en el mercado. Y por tanto, la subida de precios de la comida causa también mayor pobreza en sus familias. La eliminación de la capacidad de autoconsumo por parte de los campesinos puede no verse reflejada en los indicadores económicos al uso, pero está en la base del hambre en las zonas rurales. Si pierden la capacidad de producir para el autoconsumo, menos aún son capaces de producir para los mercados locales que quedan sometidos a los bandazos de los precios mundiales de una economía monetarizada en la que la población rural del mundo empobrecido tiene escasísimos recursos para participar.

Y es que el problema de la alimentación mundial no es un problema de falta de alimentos. El planeta tiene alimentos, según la FAO, para alimentar a 12 mil millones de habitantes. El problema es el acceso de las poblaciones pobres a esta alimentación. En el caso del 80% que son campesinos, el problema es la imposibilidad de producir para autoalimentarse y alimentar a sus poblaciones locales. Es la consecuencia de un modelo montado para la maximización de beneficios de unos pocos y no para alimentar a la gente.

La soberanía alimentaria defiende el acceso de la agricultura familiar a la tierra,

las semillas, el agua y el crédito para poder producir su propia comida y alimentar a la población local.

Para recuperar la producción campesina es necesario facilitar el acceso de la agricultura familiar a los recursos de los que ha sido desposeída por un modelo que la ha llevado a la ruina. Según Henry Saragih, coordinador general de la Vía Campesina y líder del sindicato campesino indonesio (SPI), "los campesinos necesitan la tierra para producir comida para su comunidad y su país. Ha llegado la hora de llevar a cabo auténticas reformas agrarias para permitir que los pequeños campesinos den de comer al mundo".

De la misma forma el agua, hoy al servicio de los grandes negocios (sean extracciones mineras, industrias contaminantes, megaproyectos turísticos o modelos de agricultura industrializada y devoradora de ingentes cantidades de agua), debe ser devuelta a su uso básico de producir alimentos para toda la población y ha de ser accesible a los agricultores que durante siglos han mostrado su capacidad para realizar esta tarea.

También las semillas se han convertido en un magnífico negocio en manos de unos pocos, en detrimento de la capacidad de control por parte de los propios campesinos. Un negocio que se ha apropiado de la rica biodiversidad que durante milenios había conseguido conservar y enriquecer la agricultura, reduciéndola a unas pocas especies. Así Monsanto, la mayor firma de semillas del mundo, declaró que las ganancias generales aumentaron un 44% en 2007 con respecto al año anterior. DuPont, la compañía mundial de semillas número dos, dijo que sus ganancias por la venta de semillas en 2007 aumentaron un 19% con relación a 2006, mientras que Syngenta, la empresa número uno de plaguicidas y número tres de semillas, obtuvo un 28% más de ganancias en el primer trimestre de 2008.^{xvi}

La pérdida del control de los recursos por parte de los agricultores y su transformación en un negocio en manos de unos pocos ha sido ampliamente analizada en diversos trabajos. Desarrollarla aquí nos alejaría del tema central de este artículo. El lector interesado puede encontrar en el libro *Alimentos Globalizados*,^{xvii} escrito en colaboración con Fabricio Dogliotti, una síntesis de estos temas.

El tema del crédito ha sido siempre un tema básico para la pequeña producción agrícola. Ya hemos analizado como al riesgo propio de la producción agrícola se suma la inestabilidad de los precios de venta, los costes cada vez mayores y los más estrechos márgenes, llevando a la ruina a millones de campesinos. Los créditos, en lugar de ser una ayuda a la producción, se han convertido en muchos casos en el mecanismo a través del cual se han perdido las tierras y arruinado las granjas.

Por ello el acceso a créditos baratos, evitando que ante los problemas se conviertan en una soga al cuello de los agricultores, es parte de una política que quiera favorecer la producción de alimentos a través de las pequeñas explotaciones familiares. Así lo ha entendido Evo Morales que, en Bolivia y mediante los ministerios de Agricultura y de Producción, ha impulsado créditos al pequeño productor con 0% de interés para hacer frente a la escasez de arroz, soja, trigo y maíz. A la vez explicaba, en unas declaraciones publicadas por la Agencia Bolivariana de Noticias,^{xviii} que como el productor no siempre puede devolver el recurso económico, puede pagar su crédito en productos agropecuarios "para lo cual creamos una empresa de apoyo a la producción,

con una experiencia de dos años”.

La soberanía alimentaria es el derecho de la gente a comida saludable, culturalmente adecuada, producida con métodos ecológicamente responsables y sostenibles.

Pero son los mismos conceptos de eficiencia y los principios de contabilidad de la agricultura industrializada los que deberían ser revisados. La eficiencia se entiende como mayor productividad, es decir, mayor cantidad de un solo producto que se puede sacar de una hectárea. Este indicador es importante si estamos pensando en una mercancía dirigida al mercado que, si además es internacional, debe ser producida en unas cantidades que permitan el transporte a largas distancias. Sin embargo, si pensamos en alimentar a la población, lo que nos interesa es valorar el conjunto de alimentos producidos y su capacidad de alimentar. El criterio de eficiencia se mueve con otros parámetros. Desde el punto de vista de los alimentos producidos y la capacidad de alimentar población, múltiples estudios demuestran que las pequeñas granjas familiares diversificadas y que respetan los ciclos naturales son mucho más eficientes. Es decir, produciendo según los principios de la Agroecología, aumentamos las posibilidades alimentarias, no siempre monetarizadas; produciendo industrialmente aumentamos la producción de mercancías, su concentración en pocas manos y las posibles ganancias de quienes controlan los mercados globalizados. Dos prismas para medir la eficiencia. Las pequeñas explotaciones familiares siempre tuvieron una parte importante de su producción para el autoconsumo y para los intercambios con otros productores que completan, así, sus canastas familiares. El autoconsumo y las relaciones económicas no monetarizadas no son tenidas en cuenta en los análisis de productividad propios de la agricultura industrial, sin embargo han sido sustanciales en la historia de la alimentación y, aún hoy, lo son para la mayoría de la población mundial.

En un momento en que la crisis energética está en el centro de la escena internacional resulta necesario contemplar, también, el balance energético (relación entre la energía utilizada para producir un alimento y la energía que puede proporcionar dicho alimento) de los distintos modelos. Aquí el triunfo de la pequeña agricultura familiar es claro, y si además trabaja con los principios de la agroecología gana por goleada^{xix}. No en vano estudios recientes de Vía Campesina afirman que la agricultura familiar dirigida a los mercados locales enfría el planeta frente a una agricultura industrializada que es una de las principales causas de su calentamiento.^{xx}

La contabilidad tradicional: amortización del capital invertido más costes de producción contra ingresos, da beneficios en algunos casos. Normalmente sólo para unos pocos y muchas veces basándose en ingresos extraordinarios como son las subvenciones. Pero si en la contabilización de costes tuviésemos en cuenta el desgaste, no sólo de la maquinaria sino de los elementos naturales: tierra, agua, biodiversidad... las cuentas para la agricultura industrial no saldrían en ningún caso, como de hecho no salen para la sociedad y para el planeta. ¿Por qué tenemos que pagar el resto de habitantes y el propio planeta estos costes que la agricultura industrial está externalizando? Si la sociedad ha de costear

algo, debería ser aquella agricultura que es respetuosa con la naturaleza para que sea viable y puedan mantenerse dignamente campesinos que gestionen de forma responsable y sostenible la mayoría de los recursos del planeta y que nos alimenten con productos sanos. De hecho, es otra forma de analizar costes/beneficios, no sólo viendo cómo se retribuyen las inversiones de los accionistas sino cómo nos alimentamos de forma sana nosotros y las generaciones futuras.

En esta misma línea, Eric Holt-Giménez, Director Ejecutivo de Food First, en un reciente artículo^{xxi} decía:

“La Evaluación Internacional Ciencia y Tecnología de Agricultura (IAASTD siglas en inglés) recientemente presentó los resultados de una exhaustiva consulta internacional de cuatro años con más de 400 científicos. La IAASTD llama a una revisión de la agricultura dominada por las compañías multinacionales y gobernadas con injustas reglas de comercio. El informe previene en contra de la dependencia de la ingeniería genética para la producción de comida y enfatiza en la importancia en la producción local, con un enfoque agroecológico de producción. La ventaja clave—además del impacto positivo en el ambiente—es que al mismo tiempo que se crea un mercado para el excedente provee tanto comida como empleo para la población más pobre del mundo. En base a la producción de libra-por-acre, estas pequeñas fincas familiares son más productivas que las fincas industriales que producen a gran escala. Además, se utiliza menos petróleo, especialmente si se comercia la comida local o sub-regionalmente.”

La soberanía alimentaria promueve el comercio transparente, que garantiza ingresos dignos para todos los pueblos, y los derechos de los consumidores para controlar su propia alimentación y nutrición.

La situación de inestabilidad de los precios de los alimentos ha sido aprovechada por los que dominan la cadena alimentaria para incrementar sus beneficios. La Coordinadora de Organizaciones Agrarias y Ganaderas (COAG) calcula que los consumidores en España pagan hasta un 600% más de lo que los productores de alimentos obtienen por sus producciones. Un análisis detallado de la evolución de precios desde el campo hasta la mesa y del papel de los intermediarios se puede encontrar en la página web de la COAG. ^{xxii}

El caso de los productores de leche ha acaparado las páginas de los diarios estos meses de abril y mayo. Los productores de leche acumulan unas pérdidas de 25 millones de euros durante el primer trimestre debido a la política de las centrales lecheras de bajar los precios a los ganaderos. Desde enero los precios ya han descendido un 11,4%. Mientras esto sucede, la industria y la distribución han aumentado sus márgenes hasta casi el 51% en marzo. En agosto de 2007, cuando el precio de la leche empezó a subir, los márgenes de éstos eran del 38,7%.

Las mismas maniobras especulativas se suceden en todo el planeta. En Indonesia, justamente durante la subida del precio de la soja en enero 2008, la compañía PT Cargill Indonesia conservaba aún 13,000 toneladas de soja en sus almacenes de Surabaya, esperando a que los precios alcanzaran un récord.

Las grandes firmas mundiales procesadoras de alimentos, algunas de las cuales

actúan además en la comercialización, también se están llenando los bolsillos. Las ventas mundiales de Nestlé crecieron un 7% el año pasado. *“Lo veíamos venir, así que nos protegimos comprando materias primas por anticipado”* dice François-Xavier Perroud, portavoz de Nestlé. Los márgenes están subiendo también en Unilever. *“Las presiones sobre los commodities han aumentado radicalmente, pero hemos logrado compensarlas con medidas en materia de precios adoptadas oportunamente y con los réditos permanentes que nos han dado nuestros programas de ahorro”*, dice Patrick Cescau, miembro del Directorio de Unilever. *“No sacrificaremos nuestros márgenes ni nuestra participación en el mercado”*.^{xxiii}

Las grandes compañías son capaces de almacenar grandes cantidades de alimentos. Cuando los precios están bajos es el momento de comprar y cuando están altos es el de vender. Situaciones de inestabilidad de precios son ideales para estas maniobras especulativas. Ahora y de cara al consumidor aprovechan la ocasión para incrementar los precios de los alimentos mucho más de lo que deberían. ¿Descenderán los precios en el momento que los precios de los productos agrícolas bajen?

El papel de las grandes industrias de la transformación y la intermediación es de sobras conocido pero, por desgracia, pocos gobiernos se han decidido a enfrentarlo. Evo Morales es de los pocos que le han hecho frente. Así, en su discurso con motivo de la aprobación de los acuerdos del ALBA para la seguridad y la soberanía alimentaria, apuntó que el problema en Bolivia es el tema de la industrialización, ya que hay monopolios de empresarios privados que controlan el aceite, el azúcar, la leche, “pero ya estamos haciendo acuerdos Estado-Gobierno con las asociaciones de productores y así romper con los monopolios en los diversos sectores, de manera que el Estado y los productores tengan sus propias fábricas”.

Reveló que algunos empresarios productores se están sumando a este trabajo en búsqueda de que al pueblo no le falte alimentación. El gobierno está trabajando junto con pequeños y medianos productores para que ellos tengan sus propias industrias.^{xxiv}

La soberanía alimentaria afirma el derecho de los productores y consumidores de alimentos a tener control autónomo de los mercados locales como un espacio determinante para la soberanía alimentaria. Propone fortalecer los mercados locales formales e informales y lazos directos entre consumidores y proveedores alimenticios mediante la promoción comunitaria de la agricultura y la pesquería que será la base de una confianza imprescindible.

Pero si alguien domina el conjunto de la cadena alimentaria son las grandes cadenas de distribución minorista que ya hoy controlan porcentajes superiores al 50% del mercado en múltiples países, especialmente en aquellos en que hay una clase consumidora importante^{xxv}. En su afán de jugar su carta especulativa, Wal-Mart y Carrefour anunciaron que limitarían la cantidad de arroz que se podría retirar en sus supermercados. “La libertad de elección del consumidor “- gran eslogan publicitario del supermercadismo - se acaba cuando un consumidor previsor puede debilitar sus maniobras especulativas.

Como regla aumentan los precios mucho más de lo justificado por la subida de precios de los productos agrícolas. Por ejemplo, en Francia, el precio de ciertos

yogures de incrementó un 40% aunque el coste de la leche sólo supone un tercio del precio total. Una subida sustancial de los precios de la leche para los agricultores nunca podría causar tal aumento de precio.

En Alemania, los agricultores han visto cómo los precios que les pagan en la granja por la leche han descendido un 20-30%, llevándoles a la bancarrota. Esto se debe a que los supermercados utilizan productos lácteos baratos como un instrumento de marketing para atraer a los consumidores.

El rey de los supermercados del Reino Unido, Tesco, dice que sus ganancias aumentaron un 12,3% con respecto al año anterior, un récord alto. Otros almacenes importantes, como Carrefour de Francia y Wal-Mart de los Estados Unidos, dicen que las ventas de alimentos son el principal factor que contribuye al incremento de sus ganancias. La división mexicana de Wal-Mart, Wal-Mex, que maneja un tercio del total de ventas de alimentos en México, informó de un aumento del 11% en sus ganancias para el primer trimestre de 2008, mientras la gente hace manifestaciones callejeras porque no puede costearse más las tortillas^{xxvi}.

Es por ello que dentro de la perspectiva de soberanía alimentaria son necesarios otros modelos de comercialización y de consumo. El acuerdo firmado por Venezuela, Nicaragua, Cuba y Bolivia también contempla esta temática. Así, Hugo Chávez explicó que dentro del convenio está el compromiso de los países firmantes de crear la red de comercialización alimentaria del Alba. “Tenemos que crear una red de comercialización para evitar caer en manos de los intermediarios y los especuladores que es otro factor que también le agrega precios artificiales a los productos e impide que la mayoría de millones y millones de pobres puedan tener acceso a estos alimentos de primera necesidad”. En otros países y, con el apoyo de organismos gubernamentales de economía solidaria, se están creando espacios de mercados alternativos. Tal es el caso del sistema de Comercio Justo Brasileño que, después de un amplio proceso participativo, ha definido las bases de un sistema de comercialización equitativo y ha identificado más de 22.000 emprendimientos susceptibles de participar en él.

En una línea similar se expresaban más de 500 líderes de organizaciones de campesinas, pescadores, ecologistas, consumidores, ONGD reunidas en Nyeleni en el Foro por la Soberanía Alimentaria^{xxvii} en febrero del 2007: “Son estrategias clave el fortalecimiento de los lazos entre productores y consumidores, convenciéndolos de que cambien a un sistema de "economía solidaria" que apoye a agricultores locales, ganaderos, artesanos de la pesca tradicional y sus sistemas de producción y cosecha agroecológica, como también el convencer a las autoridades en todos los niveles de que compren alimentos locales para escuelas, hospitales y otras instituciones públicas”. Con esta declaración no hacían sino transformar en línea estratégica la realidad de que hoy la mayoría de la población mundial sigue siendo alimentada en mercados locales que hay que impedir que sean arrasados por las cadenas de distribución y que se fortalezcan en un sentido de equidad. Transformaban en estrategia el inmenso crecimiento que, en los países en que las cadenas de distribución han arrasado con los mercados campesinos y con las pequeñas tiendas de proximidad, están teniendo experiencias de circuitos cortos de comercialización controlados por consumidores y/o productores y que permiten volver a recuperar la información secuestrada por el supermercadismo de quién, dónde y cómo se producen nuestros alimentos. La existencia de estas realidades hace que otra comercialización, además de ser necesaria y posible, esté ya empezando a

caminar.

Xavier Montagut

1 de Junio de 2008

- i Luis de Sebastián diario *El Periódico* 17/04/2008
- ii **Precios en aumento. Cuando los árboles no dejan ver el bosque.** Ferran García, Marta g. Rivera y Miquel Ortega Cerdà www.noetmenggiselmon.org
- iii Información extraída del informe de GRAIN: [**El hambre como una forma de asesinato. Es necesario cambiar la política alimentaria ¡YA!**](http://www.grain.org)
- iv **Revuelta de hambre en Haití, un país que hace 30 años aún cultivaba todo el arroz que necesitaba** Bill Quigley *The Nation*, 21 abril 2008
- v La historia de Lee Kyung Hae está desarrollada en *Obesos y famélicos* . Raj Patel. Los libros del lince
- vi Todos los datos de este párrafo están referenciados en GRAIN: [**El hambre como una forma de asesinato. Es necesario cambiar la política alimentaria ¡YA!**](http://www.grain.org)
- vii: [**El hambre como una forma de asesinato. Es necesario cambiar la política alimentaria ¡YA!**](http://www.grain.org)
- viii **La Vanguardia** 28/04/2008
- ix Precios en aumento. Cuando los árboles no dejan ver el bosque . Ferran García, Marta g. Rivera y Miquel Ortega Cerdà www.noetmenggiselmon.org
- x Todas las referencias encuadradas sobre la concepción de Soberanía alimentaria están extraídas de declaraciones y documentos de Vía Campesina. Todos ellos se pueden encontrar en [WWW.viacampesina.org](http://www.viacampesina.org)
- xi **Agencia Boliviarana de Noticias** 23/04/2008
- xii *El País* 11 /05/2008
- xiii *Una respuesta a la crisis global de los precios de los alimentos* 14 /2/2008 www.viacampesina.org
- xiv *La Vanguardia* 30 / 04/ 2008
- xv *La Vanguardia* 30/04/2008
- xvi en GRAIN: [**El hambre como una forma de asesinato. Es necesario cambiar la política alimentaria ¡YA!**](http://www.grain.org)
- xvii *Alimentos Globalizados* . Xavier Montagut y Fabrizio Dogliotti. Icaria Antrazyt. Barcelona 2006
- xviii **Agencia Bolivariana de Noticias** 23/04/2008
- xix Un análisis de los balances energéticos en la agricultura se puede encontrar en *Cuidar la Tierra*. Jorge Riechmann. Icaria editorial 2003
- xx *La agricultura campesina sostenible como forma de lucha contra el cambio climático* . 11/12/2007 www.viacampesina.org
- xxi **De las rebeliones por la comida a la Soberanía Alimentaria: Llamado urgente para reparar el destruido sistema alimentario** Eric Holt-Giménez y Loren Peabody, En www.xarxaconsum.net
- xxii www.coag.org
- xxiii Todos los datos de este párrafo están referenciados en GRAIN: [**El hambre como una forma de asesinato. Es necesario cambiar la política alimentaria ¡YA!**](http://www.grain.org)
- xxiv **Agencia Bolivariana de Noticias** 23/04/2008 Caracas, Distrito Capital
- xxv *Supermercados, no gracias* Esther Vivas y Xavier Montagut. Icaria Editorial 2007
- xxvi Todos los datos de este párrafo están referenciados en GRAIN: [**El hambre como una forma de asesinato. Es necesario cambiar la política alimentaria ¡YA!**](http://www.grain.org)
- xxvii www.nyeleni2007.org/